

La muerte de Aquiles Serdán visto por Ignacio Herrerías *

Francisco I. Madero convocó a una revolución para expulsar la tiranía de Porfirio Díaz. Algunos de los primeros disparos se llevaron a cabo en la ciudad de Puebla, y salieron de la casa de la familia Serdán. Descubierta su intención de sumarse al llamado revolucionario, no tuvo más remedio que enfrentar la violencia de la dictadura. Por horas, los valientes poblanos encabezados por Aquiles Serdán resistieron la embestida. Todo acabó en una masacre que bien conocemos. Días después el país entraba de lleno en un magno movimiento que nos transformó.

Esos terribles hechos fueron dados a conocer por las perversas versiones oficiales. Pero alguien más se tomó el trabajo de tomar apuntes para la historia: Ignacio Herrerías, un gran periodista, quien hizo un reportaje memorable de los hechos que acabaron con la vida de los hermanos Serdán. El trabajo apareció ya como libro poco después y llevaba el título de *Avanzada de la aurora. Los trágicos sucesos de Puebla*. La obra tenía ilustraciones de García Cabral. Con motivo del Centenario de la Revolución Mexicana, el profesor y periodista Felipe Gálvez, rescató la edición, hizo la introducción y la semblanza y la UAM-X editó de nueva cuenta el espléndido y dramático trabajo periodístico. Gálvez muestra la importancia de la lucha de la familia Serdán y al mismo tiempo el talento y la osadía de Ignacio Herrerías, quien dio de ello infinitas pruebas, hasta que fue asesinado por fuerzas zapatistas a causa de un lamentable error. Eran tiempos violentos y confusos, los que cortaron de tajo el periodismo de Herrerías.

De ese libro hemos seleccionado dos capítulos, el segundo es el asesinato cobarde del héroe revolucionario, como un reconocimiento al valor de la familia Serdán y como un tributo al periodismo de Ignacio Herrerías.

El Búho

Quién era Serdán

Aquiles Serdán fue el protagonista de los sucesos sangrientos desarrollados en Puebla, y puesto que su nombre había resonado tanto, justo es que los lectores sepan de quién se trata; conozcan sus antecedentes; tengan una idea de lo que era capaz de hacer este hombre a quien todo el mundo sensato, en el estado, tenía por un loco.

Don Roque Serdán, abuelo paterno de Aquiles, fue un abogado notable, distinguiéndose en el foro

Para la memoria histórica

(Archivo coleccionable)

IGNACIO HERRERÍAS

poblano por su talento clarísimo y su ilustración más que regular. Poseedor de una considerable fortuna, se dio buena vida, procurándose a su familia a pesar de que tenía, de cuando en cuando, extravagancias que mortificaban a los suyos.

Pocos años antes de morir asombró a la República con un luminoso estudio que publicó, sobre



Ignacio Herrerías por Santiago R. de la Vega

la libertad de testar, siendo éste el primer libro que trató tan importante materia.

En la obra demostraba que sus parientes querían envenenarlo para adueñarse de su fortuna, y consideraba injusto dejarles el dinero cuando tan malas intenciones tenían. Naturalmente ya padecía entonces delirio de persecución y, según se me dice, murió enteramente desequilibrado, dejando el dinero a un hijo suyo, vicioso y degenerado, de quien se recuerda en Puebla esta anécdota:

Cuando se vio poseedor de una considerable fortuna, no supo en qué gastarla y siendo aficionado a tocar el piano se compró uno de los mejores; hizo provisión de una o varias barricas de Catalán, colocando a una un tubo de goma, de larga extensión, por el que absorbía el líquido hasta embriagarse.

Un día se sentó a tocar el piano teniendo en la boca el tubo y tomó hasta morir por congestión alcohólica, quedando sobre el piano.

Así lo encontró la servidumbre y así lo cuentan los viejos caracterizados de Puebla.

Por parte de la madre, señora Carmen Alatraste, en la familia ha habido ejemplos de valor y temeridad.

Don Miguel Cástulo Alatraste, abogado y general que fue gobernador del estado en 1857, cuando se promulgó nuestra Constitución, dio pruebas de su arrojo y valentía en muchas ocasiones y por esos rasgos se le admiraba y se le recuerda con entusiasmo.

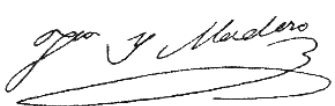
Un tío de Serdán, llamado Gendiel, murió loco en el manicomio, y otro, Sealtiel, se suicidó.

Con tales antecesores, Serdán pudo ser un valiente, pero pudo también ser un desequilibrado. Fue un fanático por la democracia y Madero supo explotarlo

bien. Serdán, estoy seguro, no profesaba cariño a Madero porque éste no tuvo para él acciones que despertaran tal sentimiento. En Puebla Serdán hubo de rogar a Madero que diera un mitin y el segundo aceptó más por compromiso, en vista de las quejas de su correligionario, que por simpatía a los poblanos.

Así lo infiero por el contenido de la carta que enseguida copio y que hallé en la casa de Serdán el día del drama. Dice así el documento:

Zacatecas, 23 de marzo de 1910.
 Señor Aquiles Serdán.
 Puebla, Puebla
 Mi estimado correligionario y amigo:
 Recibí su grata; fecha 15 del actual. Nadie podrá creer que si no voy a esa ciudad a dar un mitin es por falta de simpatías hacia ustedes, pues bien saben que cuando pasé para Michoacán le dije que a mi regreso estaba dispuesto a celebrarlo, pero por razones que usted sabrá no se llevó a cabo. De todos modos, a mi ida tuve el gusto de dirigirme a un numeroso grupo en el cual estaban representados todos los clubes Antireeleccionistas de ese estado y hasta algunos de Tlaxcala.
 En cuanto a que celebremos un mitin antes de la convención en esa ciudad, me parece inconveniente; primero, por falta de tiempo y en segundo lugar porque no es indispensable, puesto que ya existen numerosos clubes Antireeleccionistas y es irnos a exponer inútilmente a tener dificultades con el gobierno de ese Estado.
 Aquí en Zacatecas acabo de tropezar con la dificultad de que el gobierno me prohibió terminantemente celebrar el mitin y como creo de grandísima importancia llegar sanos y salvos a la Convención voy a consecuentar y ya veré de qué medios me valgo en ésta para formar un Club Antireeleccionista, el cual tengo esperanzas de arreglar esta noche.
 Cuando estemos en la Convención hablaremos sobre la conveniencia de hacer una gira después de dicha Convención, pues entonces será probablemente de mucho mayor efecto y mayor trascendencia.
 Sin otro particular, quedo su amigo que lo aprecio y su atento y S.S.



Aquiles, Máximo y Carmen Serdán fueron los tres principales actores del drama en Puebla. Los dos primeros murieron atravesados por las balas de los federales. Carmen está presa desde entonces, como responsable del delito de sedición.

Se recuerda perfectamente que Aquiles Serdán instaló en el mercado un puesto de diversos artículos; una verdadera miscelánea en donde lo mismo podía hallarse un libro que un cuello o una llave para chapa vieja. Allí se fue popularizando y más tarde estableció una zapatería que fue convertida en centro de reunión por un grupo de sus amigos y admiradores.

Ya entonces, Serdán tenía ciertas ideas contra el gobierno y murmuraba sin cesar, teniendo, como era natural, muchos que le hacían eco y celebraban sus ataques.

Y cuando el maderismo estaba en su apogeo, Serdán fundó en Puebla un periodiquito titulado *No reelección* enteramente disparatado pero que leían con gusto los enemigos del orden o los que sinceramente, por convicción, estaban afiliados al partido Antireeleccionista.

Nunca ocultó Serdán sus relaciones con los antireeleccionistas, y muy al contrario, según he dicho, hacía gala de ellas, desafiando con insolencia al gobierno y a la policía, como si estuviera seguro de su valor.

En una ocasión, yendo Carmen a bordo del Ferrocarril Mexicano, en un carro pletórico de gente, fue interrogada por un amigo:

—¿Qué razón me da usted de Aquiles!

Y ella respondió tranquilamente, como la cosa más natural:

—Anda con Madero; fue a recibir instrucciones.

Sin embargo, la policía no lo hostilizó ni fue mortificado sino cuando por orden de un juez se cateó su casa en dos ocasiones, ya con la seguridad de que algo muy grave y muy trascendental fraguaba.

¿Serdán fue un valiente? Muchos aseguran que sí, basados en el hecho de haberse batido con las tropas; muchos dicen que fue un cobarde y que sólo por desesperación llegó a empuñar las armas, haciendo su primera víctima a Cabrera.

Más adelante, cuando yo relaté el ataque y la defensa de la casa; cuando diga cómo se manejaron Aquiles, Máximo y Carmen Serdán; cuando el lector sepa todo lo que vi y lo que supe, siempre la verdad, dará su fallo.

A mi juicio, valiente o cobarde, cuerdo o desequilibrado, Serdán merece el calificativo que el señor Li-mantour dio a Madero: fue un “bienintencionado”.

Cómo murió Aquilés Serdán

Un grupo de rurales quedó en la azotea de la casa de Aquiles Serdán, extendiendo su vigilancia hasta tres o cuatro fincas cercanas, pues por ellas habían tratado de huir los sediciosos y había temores de que aún permanecían ocultos, en espera de la caída de la tarde para escapar.

Además, y esto fue muy interesante y se le dio grandísima importancia, alguien escuchó ruidos subterráneos en las habitaciones de la casa trágica; y pronto corrió la voz, por todo Puebla, de que un número considerable de rebeldes estaban ocultos; que las galerías subterráneas minaban la ciudad y que

tenían gran cantidad de dinamita para volar manzanas enteras en caso de ser descubiertos.

Un piquete del Batallón Zaragoza se instaló en el patio de la casa de Serdán, mientras en las habitaciones se distribuían rurales, policías de la montada y algunos oficiales de la de a pie, a todos los cuales se les dio orden de estar en alerta, y de hacer fuego contra cualquiera que, armado, se presentara en esa casa o en las adyacentes.

Cuando se tuvo noticia de los misteriosos ruidos subterráneos, se dispuso que varios soldados, provistos de picos y palas, practicaran una excavación, y hubo la coincidencia de que se descubriera la entrada de una cueva al pie de la escalera de una casa contigua, dando margen este detalle a que se tomara por absolutamente cierta la versión de que centenares de revolucionarios estaban ocultos.

Cuando la excavación estuvo suficientemente honda, bajó uno de los soldados, encontrando que se bifurcaba, y las autoridades, para no exponer inútilmente a la tropa, por una parte, y por otra tratando de abreviar la maniobra, ordenaron se arrojaron en aquel subterráneo grandes cantidades de agua, con el objeto de hacer que los revoltosos abandonaran el escondite o perecieran ahogados.

Una bomba comenzó a funcionar, arrojando agua, pero aquella cueva no tuvo fin. Pudieron haber arrojado allí el diluvio universal, que ni con esa cantidad de agua se llena.

Los maderistas, naturalmente, no salieron. ¡Cómo que no había nadie!

Sin embargo, la versión sirvió para alejar de aquel rumbo a muchos curiosos, pues temían volar de un momento a otro, y no en aeroplano.



A las seis de la tarde recorrí las calles principales de Puebla, sin encontrar una sola persona. Esto no es exageración y pueden desmentirme los habitantes de la angélica si ocurrió lo contrario.

Sólo vi abierto el restaurante *La Concordia*, cuyo propietario, de origen catalán, estaba más preocupado por el mal negocio que por el peligro que él y su casa pudieran sufrir.

A las siete de la noche, la ciudad parecía encantada. Con su iluminación brillante, pero sin que se aventurara a salir uno solo de los habitantes. Sólo algún forastero atrevido o ignorante paseaba su fastidio, admirándose como ante un animal raro cuando me encontraba.

En el interior de la casa de Serdán, la tropa había encendido fogatas, y se cocinaba con pedazos de madera a falta de leña.

Los soldados, en grupo, hablaban quedo, teniendo las armas a la mano, cubiertos sus cuerpos con los capotes de paño azul, sobre los que se destacaban las cintas blancas que sostenían la bolsa del parque.

Porfirio Pérez, el oficial de gendarmes montados que había matado a tres o cuatro de los sediciosos, entre ellos a un estudiante, y que iba a dar muerte más tarde a Aquiles, se instaló en la pieza donde Serdán se ocultó, y durante las primeras horas de la noche se entretuvo conversando con varios de sus compañeros y con el oficial Bedo, del Batallón Zaragoza. Naturalmente, el tema de las conversaciones era el ataque y la defensa de la casa que vigilaban.

Porfirio Pérez me relató la muerte de Serdán, días después, mucho después de ocurridos los sucesos, y

quiero cederle la palabra, no sin contar antes cómo pude hacerle hablar.

El teniente Bedo, del Batallón Zaragoza, quiso darse pisto haciéndose aparecer como el matador de Serdán, y aprovechando la coyuntura de haber sido entrevistado por algunos periodistas, al día siguiente de la tragedia les contó que él había disparado sobre el cabecilla; y se dejó retratar por cuanto fotógrafo le pidió permiso para ello.

No es de extrañarse, pues, que la prensa le atribuyera la muerte de Aquiles, hecho que, por otra parte, no me parece muy honroso.

Yo supe, y así lo comuniqué a *El Diario* que un oficial Pérez era el matador de Serdán, porque recordé que el propio Pérez me lo había dicho ante el ensangrentado cadáver del cabecilla, precisamente cuando tomaron la fotografía que aparece en este libro, representando el cuerpo en el suelo y muchos curiosos alrededor.

De todos modos, estaba en duda de cuál era la verdad, y decidí hacer un viaje expreso a Puebla, con el fin de investigar los hechos y hacer que el dibujante Ernesto García Cabral tomara apuntes para las ilustraciones, como de hecho los tomó... perdiendo después el cuaderno en un baile y resultando infructuoso el viaje, cuando menos por lo que a sus dibujos se refería.

García Cabral y yo nos encaminamos al cuartel de Policía, rogando al jefe de dicho cuerpo, persona muy amable, que nos permitiera hablar con Porfirio Pérez y tomarle un apunte del natural.

Accedió gustoso o sin gusto, pero accedió, y llamando a un gendarme le dio esta orden:

–Vaya usted con los señores a donde está el teniente Porfirio Pérez, y dígame que se ponga a su disposición para lo que le indiquen.

Llegamos al cuartel de la Policía Montada y fue llamado el oficial Porfirio Pérez, a quien el gendarme que nos acompañaba expresó la orden del señor Márquez, jefe que substituyó a Cabrera en el mando de la fuerza de seguridad.

Pérez es un individuo de baja estatura, de color moreno, facciones recias, pómulos salientes y escaso bigote. Es originario de Oaxaca y sirvió algunos años como gendarme en el Distrito Federal, después en su estado y por último en Puebla, donde logró ascender a oficial.



Oficial Porfirio Pérez, quien le disparó el primer balazo a Aquilés Serdán

Su aspecto, en general, es poco agradable, y más cuando se lleva, como la llevábamos nosotros, prevención en su contra.

–Señor Pérez –dije yo –tratándolo con toda cortesía –estoy escribiendo un libro sobre el asunto de Serdán, y he querido tener con usted una entrevista para que me platique cómo lo mató.

Así, sin ambages le espeté la pregunta y él, con rapidez y visiblemente enojado, me respondió:

–Yo no sé quién es usted.

–Pues ya se lo he dicho: soy un periodista que necesita saber cómo mató usted a Serdán, para escribir un libro.

–Yo no maté a nadie... y además, sólo las autoridades competentes pueden tomarme declaración. Dígame usted al jefe que en esto si no le obedezco... que sólo ante un juez hablaré, concluyó resueltamente.

–Pues el jefe, señor oficial, le ha ordenado a usted que se ponga a mi disposición, y si usted no obedece le impondrá un castigo.

–Que me lo imponga.

–Cuando menos se dejará usted tomar un dibujo, un apunte de su cara. El señor –dije señalando a mi amigo Cabral –es un buen dibujante y va a retratarlo.

–Eso sí, pero lo que es hablar... además... yo no maté a Serdán ¿quién se lo ha dicho a usted?

–Usted mismo, al día siguiente de los sucesos, ante el cadáver, en el patio de la comisaría, en donde, por cierto, fuimos retratados ¿Recuerda usted ahora?

–Yo no pude decir eso.

–Lo que pasa es que tiene usted miedo –agregué

usando un plan que me ha dado magníficos resultados en muchas ocasiones.

–¿Yo miedo? ¿Yo miedo? ¿Y de quién? me interrumpió visiblemente ofendido.

–Pst, quién sabe... de los maderistas...

–Pues eso sí que no. Yo he demostrado que no tengo miedo. Yo lo maté y cara a cara. Ya que es usted periodista y ahora que recuerdo que lo vi en la comisaría cuando aquello, voy a *dicirle*.

Verá usted; ya estábamos dormitando, a eso de las dos de la madrugada, cuando oí ruido en la pieza de al lado y me puse en guardia, aunque sin pensar que se tratara de algún revoltoso.

Mis compañeros quedaron *silencios* y yo me levanté en el momento en que se oían claramente sus pasos.

De pronto apareció Aquiles Serdán, llevando en la mano una pistola. Iba como tomado, porque se *ladiaba* mucho, pero al verme, ya en el quicio de la puerta, se detuvo, muy asustado.

En cuanto lo vi de *roto* dije: éste es de ellos, y le apunté con la carabina. Entonces él, con voz muy triste me dijo avanzando: ¡No me tiren, que soy Aquiles Serdán!

–¡Pos a usted lo buscamos! Y diciendo y haciendo, disparé sobre él, viendo cómo caía sobre una silla, resbalando después sobre el piso. La bala le *entró* por un ojo y le atravesó la cabeza.

Ya sobre tirado, llegó el oficial Bedo, del Zaragoza, y le apuntó al *pescuezo*, dándole un tiro más.

Luego bajaron todos los rurales y los compañeros que había en la parte alta y en la *zotea*, creyendo que habían aparecido más revolucionarios, y yo di cuenta

a mis jefes, entregando algunos papeles que Aquiles Serdán llevaba en las bolsas.

He querido trasmitir a mis lectores, casi textual, la charla del oficial Pérez, hombre rudo e ignorante.

–¿Y no tuvo usted miedo cuando lo vio aparecer? –pregunté.

–No, yo no tengo miedo; peor era que me hubiera matado a mí.

–Pero siempre; después de haber visto tanto muerto; en la oscuridad de la pieza, notar que se aparece una especie de fantasma... debe imponer..

¡Qué imponer ni qué imponer, *pior* es que lo maten *uno*!

Poca gente se dio cuenta de la muerte de Serdán. Hasta el día siguiente por la mañana, cuando el cadáver, ya limpio de la sangre y de tierra quedó expuesto, sobre una camilla, en las afueras de la Comisaría.

Entonces se organizó, de todos los barrios de la ciudad, una verdadera peregrinación hasta el sitio mencionado, quedando la calle, que es muy amplia, materialmente llena de curiosos, al grado de que era imposible dar un paso.

Nadie creía que Serdán hubiera muerto hasta que se convencieron ante el cuerpo inerte del revolucionario.

Estaba sin bigote, que se rasuró seguramente para disfrazarse, mientras estuvo perseguido, y su calva, agujereada por una bala que dejó un horrible orificio de salida, le daba aspecto más trágico.

Ya en esos momentos, cuando aún no se conocían detalles, la gente inventaba leyendas sobre el

valor de Aquiles, sobre hechos heroicos, sobre no sé cuántas cosas.

La imaginación popular, volandera como la que más, lo convirtió en ídolo, y un fotógrafo malo, pero vivo, se aprovechó de las placas que yo le mandara tomar para ilustrar las informaciones de *El Diario*. Hizo de ellas centenares de copias y vendió una regular cantidad.

Tuvo un imitador, que lanzó a la venta postales y botones representando al cura Hidalgo, a Madero y a Serdán, fraternalmente unidos.

De Máximo y de Carmen, los héroes verdaderos, casi nadie se acordó.

* Tomado de *Avanzada de la aurora. Los trágicos sucesos de Puebla* de Ignacio Herrerías. Introducción, semblanza y notas de Felipe Gálvez Cancino. UAM-X. Coordinación de Extensión Universitaria. México, D. F. 2010. 158 pp. 📖



Casa de Aquilés Serdán